

Yo recuerdo haber visto cierto día una rama de sauce desgajada del tronco por la tempestad de la noche, flotando la mañana sobre las aguas desbordadas del Saone. Un ruiseñor hembra empollaba todavía en su nido flotante, mientras el macho revoloteaba sobre las aguas espumosas que pretendían tragarse aquella dulce mansión de amor.

XIV.

Apenas hubieron probado el deseado bienestar, cuando les fué preciso interrumpirlo, separándose ¡quién sabe si para no volverse a ver! Llegó el momento de la emigración. En esta primera época, no fué la emigración lo que debía ser más tarde; un refugio contra las persecuciones a contra la muerte. Fué una especie de contagio que existía entre la nobleza francesa. El ejemplo dado por los nobles cundió, y casi todos los regimientos perdieron sus oficiales. Necesitaban grande firmeza de carácter para resistir aquella epidemia que tomó el nombre de honor.

Mi padre tuvo esta firmeza y no emigró.

Solamente cuando se exigió a los oficiales del ejército un juramento que rechazaba su conciencia de servidores del rey, presentó su dimisión. Pero el 10 de Agosto se aproximaba, se le sentía venir.

Sabíase de antemano que el fuerte de las Tullerías sería atacado, que los días del rey correrían peligro; que la Constitución de 1791, pacto provisional de conciliación entre la realza y el pueblo soberano, había de ser derribado o elevarse triunfante entre ríos de sangre. Los amigos que aun quedaban a la monarquía y los hombres personalmente unidos al rey, se contaron y unieron

para ir a reformar la guardia constitucional de Luis XVI.

Mi padre fué uno de estos hombres de corazón.

Mi madre, que a la sazón me llevaba en su seno, no hizo el menor esfuerzo para detenerle. Aun en medio de sus lágrimas, no comprendió ella nunca la vida sin honor, ni vaciló un minuto entre el dolor y el deber.

Mi padre partió sin esperanza, pero sin vacilar un momento. Combatió con la guardia constitucional y con los suizos para defender el castillo. Cuando Luis XVI abandonó el palacio, la lucha se convirtió en matanza. Mi padre fué herido de un tiro de fusil. Cuando a pesar de ello procuraba escaparse, fué detenido frente a los Inválidos al intentar atravesar el río. Conducido a Vaugirard, se le encerró en una cueva por algunas horas. Después fué reclamado y salvado por el jardinero de un pariente suyo, quien, estando de oficial municipal de la Commune, le reconoció casualmente.

Al escapar así de la muerte, volvió al lado de mi madre, encerrándose en la más profunda obscuridad del campo hasta el día que las persecuciones revolucionarias no permitieron a los partidarios del antiguo régimen otro asilo que la prisión o el patíbulo.

XV.

El pueblo fué una noche a arrancar de su hogar a mi abuelo, a pesar de sus ochenta y cuatro años, a mi abuela, casi tan anciana como él y enfermiza, a mis dos tíos y tres tías, religiosas que habían sido arrojadas ya de sus respectivos conventos.

Colocaron a esta respetable familia dentro de un carro escoltado por gendarmes, y la condujeron en medio de un espantoso alboroto y de gritos

de muerte, hasta Autún. Había en este pueblo una inmensa cárcel destinada a encerrar todos los sospechosos de la provincia.

Mi padre, por una excepción de la cual ignoro la causa, fué separado del resto de la familia y encerrado en la cárcel de Macón. Mi madre, que me amamantaba a la sazón, fué depositada sola en la casa de mi abuelo, bajo la salvaguardia de algunos soldados del ejército revolucionario. ¡Y aún causará asombro el que aquellos en quienes data la vida de estos siniestros días, hayan aportado con su conocimiento cierto sabor de tristeza y cierta impresión melancólica al genio francés! Virgilio, Cicerón, Tibulo, y el mismo Horacio, que imprimieron semejante carácter al genio romano, ¿no habían nacido por cierto, como nosotros, durante las espantosas luchas civiles de Roma, entre el barullo de las proscripciones de Mario, de Sylva o de César?

¡Es preciso no olvidar las impresiones de terror o de piedad que agitaron las entrañas de las mujeres romanas, durante el tiempo que llevaron en ellas a aquellos hombres! Es preciso calcular cuán amargada sería por lágrimas la leche de que mi madre misma me nutría, mientras la familia sufría un prolongado cautiverio del que sólo la muerte debía librarla! mientras el esposo adorado estaba sobre las gradas del cadalso y ella permanecía encerrada en su desierta casa, guardada por los feroces soldados que espían sus lágrimas considerando su cariño como un crimen e insultando su dolor.

XVI

Detrás de la casa de mi abuelo, que se extiende entre dos calles, existía una casita baja y sombría

que comunicaba con la grande por medio de un corredor obscuro y unos pequeños y reducidos patios húmedos como pozos.

Esta casa servía de alojamiento a los antiguos criados de mi abuelo, retirados del servicio, y a quienes sostenía la familia con pequeñas pensiones que continuaban percibiendo por algunos servicios que prestaban de cuando en cuando a sus viejos señores; especie de libertos romanos, que muchas familias tenían empeño en conservar.

Quando la casa solariega fué secuestrada, mi madre se retiró a la pequeña en compañía de una o dos mujeres. Otro poderoso atractivo la seducía.

Precisamente frente las ventanas de la otra parte de la obscura callejuela estrecha y silenciosa, se alzaban y alzan todavía los elevados y sombríos muros aspillerados por algunas ventanas de un convento de monjas Ursulinas. Edificio austero de aspecto y recogido como propio del objeto a que se destinaba, como la bella fachada de la iglesia adjunta a uno de sus lados y en su trasera unos patios profundos y un jardín, cercados por negros y espesos muros cuya altura es infranqueable,

El tribunal revolucionario de Macón hizo servir este convento de cárcel provisional, cuando las cárceles de la ciudad estaban llenas de presos. Dió la casualidad de que mi padre fuera encerrado en esta cárcel-convento, cuyo edificio conocía perfectamente en todos sus detalles.

Mme. Lucy, hermana de mi abuelo, había sido abadesa de las Ursulinas de Macón, y en aquel tiempo iban a visitarla y a jugar en el convento los hijos pequeños de su hermano.

No había pasadizo, jardín, celda ni escalera secreta que fuese desconocido por ellos. Mi padre, por lo tanto, retenía en su memoria los más in-

significantes detalles de aquel edificio que cuando niño le había servido de casa de recreo y ahora de prisión.

Cuando mi padre entró en semejante prisión, se figuró estar en su propia casa. Por fortuna, también, el carcelero había servido en su mismo escuadrón, y acostumbrado a respetar a su capitán, enterneciéndose al verle de nuevo. Aquel republicano lloró cuando las puertas de las Ursulinas se cerraron para retener al prisionero.

Encontróse mi padre allí con buena y numerosa compañía, puesto que había en aquella cárcel más de doscientos sospechosos de la provincia, amontonados en las habitaciones y los corredores del antiguo convento.

Mi padre pidió por todo favor le concedieran para él solo un rincón en el granero. Un tragaluz abierto en lo alto y que daba a la calle, le proporcionó cuando menos la satisfacción de ver a través de las rejas de hierro el tejado de su casa. Fácilmente le fué concedido este favor, y quedó instalado definitivamente bajo las negras tejas del edificio, teniendo por cama dos tablas de madera únicamente.

Durante el día bajaba con sus compañeros de prisión a pasar el tiempo jugando, única cosa que les era permitido. Ni aun se les permitía escribir a sus familias. Este aislamiento no fué para mi padre de larga duración.

La misma idea que había tenido de pedir al carcelero una habitación en lo alto de la casa, para poder desde allí ver el tejado de la suya, la había tenido mi madre de subir con frecuencia al desván de su casita y de sentarse allí a contemplar a través de su dolor y con los ojos humedecidos por el llanto, los muros de la prisión que retenía aquello que tanto amaba en el mundo.

Si las miradas se buscan, acaban por encontrarse a través del universo; fácilmente podían los ojos de mis padres encontrarse, no mediando entre unos y otros más que dos paredes y un callejón estrecho.

Amábanse sus almas, compenetrábanse sus pensamientos y pronto los signos suplieron a las palabras que jamás salieron de sus labios por temor a revelar a los centinelas su sistema de comunicarse. La mayor parte de las horas del día pasábanlas sentados uno enfrente del otro. Concentrábanse sus almas en las pupilas de sus ojos.

Un día se le ocurrió a mi madre escribir algunas líneas de letras muy grandes, diciendo en pocas palabras lo que necesitaba que el preso supiese. Mi padre le contestó por medio de una seña, y desde aquel día quedaron sus relaciones establecidas: después fueron éstas ensanchándose más cada día.

Como quiera que mi padre había sido arcabucero de caballería, guardaba en casa su arco con sus flechas correspondientes: recuerdo que en mi infancia jugué muchas veces con ellas.

Tuvo la idea mi madre de servirse de aquel medio para comunicarse con el prisionero. Algunos días se estuvo ejercitando en su habitación tirando el arco, y cuando ya estuvo bien diestra, ató a la flecha un hilo, disparó hacia el tragaluz del convento, y mi padre, al ver la flecha y el hilo, tiró de éste, y llegó una carta a sus manos. Si por semejante medio el hilo había llegado, no sería difícil pasar durante la noche, tinta, papel y plumas: así se hizo, y todos los días, al amanecer, mi pobre madre recogía las cartas, en los cuales los cautivos expresaban sus dolores y sus ternezas, preguntaba, aconsejaba, consolaba, en

fin, a su esposa, hablándole de su hijo, de los asuntos de la casa y de sus sufrimientos.

Al medio día, mi madre me hacía subir al desván y me alzaba en sus brazos para que mi desgraciado padre pudiera verme, haciéndome extender mis manecitas hacia las rejas de la prisión, y devorándome después a besos.

XVII

En aquel tiempo, después de haber los hombres de la Convención repartido a su capricho las provincias de Francia, ejercían sobre ellas un poder sanguinario y absoluto, en nombre del orden público.

La vida de las familias dependía casi siempre de una palabra o de una firma de los representantes del pueblo. En tal estado las cosas, no era de extrañar que mi madre creyera suspendida sobre la cabeza de su esposo el hacha del verdugo. Algunas veces tuvo la idea de arrojarle a los pies de los delegados de la Convención y pedirles la libertad de mi padre. Los consejos de éste la hicieron desistir de sus propósitos por algún tiempo, pero a instancias del resto de la familia, que también se hallaban encerrados en las cárceles de Autún, decidióse al fin, y pudo conseguir de las autoridades de Mácón un pasaporte para Dijón y Lyon.

¡Cuántos temores, cuántas súplicas, cuántas idas y venidas, cuántos disgustos le costó el conseguir hablar solamente con uno de aquellos representantes del poder revolucionario!

Muchas veces, este representante, con el cual mi madre había por fin conseguido hablar, era un hombre brutal y grosero, que se negaba a oír los lamentos de una mujer desolada, o la despedía

con amenazas, culpándola de pretender enternecer a los encargados de administrar justicia. Otras sin embargo, era algún hombre sensible y piadoso, pero, en la presencia de sus compañeros no le permitía obrar con arreglo a sus ideas, y rechazaba con la boca lo que con el corazón otorgaba. Javoques, el representante de mejor carácter entre todos aquellos precónsules, fué quien sirvió a mi madre tan bien como las circunstancias y su deber le permitieron, y quien la recibió en audiencia escuchando con respeto y atención cuanto le expuso.

El día que la recibió en audiencia, me llevaba a mí en brazos, sin duda para que la piedad encontrase dos motivos para manifestarse: la de una mujer joven y madre, y la de una inocente criatura.

Javoques, después de haberla hecho tomar asiento y deplorado el sentimiento que le causaba el haber de ejercer sus rigurosas funciones, me tomó en sus brazos y me colocó sobre sus rodillas: mi madre, creyendo que me dejaría caer, hizo un movimiento de temor.

«No temas, ciudadana, le dijo: también nosotros los republicanos tenemos hijos.» Al ver que yo sonreía jugando con su escarapela tricolor, añadió: «A fe mía que tienes un niño bien hermoso para ser hijo de un aristócrata. Debes educarlo para la patria y hacer de él un buen ciudadano.» Después de esto le dijo algunas palabras que se referían a mi padre y le hizo tener alguna esperanza en su libertad.

Acaso a esta entrevista fué debido el que no lo encausaran y lo dejaran olvidado en la cárcel. En aquella época toda formación de una causa equivalía a una sentencia de muerte.

De regreso a Mácón, mi madre volvió a encausar

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. G. I.

rrarse en su pequeña casita junto a las Ursulinas. Cuando la noche estaba obscura y apagados los faroles de la calle, se deslizaba, desde el aposento de mi padre hasta el desván, una cuerda llena de nudos, por medio de la cual se valía para pasar junto a los seres que idolatraba, algunas horas deliciosas e intranquilas a la vez.

Más de un año transcurrió de esta manera.

El 9 de Termidor abriéronse las prisiones y fué libre mi padre. Los viejos y enfermizos parientes de mi madre volvieron también a mi casita, y poco después murieron tranquilamente en su propio lecho, que no fué poca suerte. El horroroso temporal había pasado sobre ellos. Ninguno de sus hijos había perecido durante aquel huracán revolucionario.

XVIII

Muerto mi abuelo, toda su fortuna había de pasar por entero a su hijo mayor, según las costumbres de la época; pero las leyes nuevas habían suprimido los mayorazgos, así como también los votos de pobreza, de manera que las hermanas de mi padre que los habían hecho, quedaban de ellos relevadas, y por esta circunstancia debían proceder al reparto de bienes.

Eran éstos de alguna importancia, y estaban divididos entre Borgoña y el Franco-Condado.

Si mi padre hubiera reclamado la parte que le correspondía, del mismo modo que lo hicieron sus hermanas, hubiera cambiado su suerte por completo, obteniendo algunas de las magníficas posesiones territoriales y que debían repartirse entre la familia.

No fué así; sus escrúpulos la impidieron violar las intenciones de mi abuelo, a pesar de ser

recientes las leyes revolucionarias que suprimían los mayorazgos. Estas leyes las encontraban muy justas, pero a su entender, violaban la autoridad paterna y le parecía faltar a un deber de conciencia pidiendo el cumplimiento de esta ley contra su hermano mayor.

Renunció, pues, a la herencia legal de sus padres y se hizo pobre pudiendo con una sola palabra hacerse rico.

Fueron repartidos los bienes entre los hermanos y hermanas, y él no quiso nada. Unicamente quedaba como propiedad suya, porque así estaba consignado en los capítulos matrimoniales, la pequeña propiedad de Milly, que sólo producía de renta unos dos mil quinientos francos anuales.

La revolución había suprimido también los sueldos que sus padres y sus hermanos disfrutaban en la casa de Orleans. Los príncipes de esta familia escribían alguna vez a mi madre desde el destierro a donde se encontraban y mitigaban, sin duda, los dolores, recordando en las cartas los bellos días de su infancia.

XIX

Jamás creyó mi padre que la revolución le impidiera guardar fidelidad al honor de su bandera.

Una casita en el campo medio arrumada y dos mil quinientos francos de renta no eran lo suficiente para sostener con algo de holgura a su esposa y a los muchos hijos que rodeaban la mesa a la hora de comer.

Ciertamente que tenía la satisfacción de su conciencia, el amor de su mujer y su confianza en Dios, pero esto no era suficiente para satisfacer las necesidades de la vida.

Educada mi madre entre el fausto de la corte,

contentábase con resignación viviendo alegre en aquella casa sin muebles ni adornos de lujo, y con aquel jardincito cercado de pedruscos.

Más de una vez oí decir, tanto al uno como al otro, que en aquella soledad pasaron los días más felices de su vida.

A pesar de la escasez de medios, mi madre despreciaba siempre la riqueza. Recuerdo que una vez me dijo señalando con el dedo nuestros campos de Milly: «Hijo mío, esto es bien pequeño, pero sabiendo limitar nuestro deseo a lo que poseemos, resulta grande; la felicidad está en nosotros mismos, y ensanchando los límites de nuestros viñedos no conseguimos la felicidad. No se mide la dicha por la yunta como la tierra; se mide sí, con la resignación que Dios ha dado al pobre como al rico.»

XX

Otra vez encuentro el retrato de mi madre a los treinta y ocho años; helo aquí.

Es de noche; las puertas de la casita de campo están cerradas. Un perro ladra de cuando en cuando. La lluvia de otoño azota los vidrios de las ventanas, y el viento produce al chocar con las ramas de los plátanos intermitentes y melancólicos silbidos.

Me encuentro en una habitación grande, pero casi desamueblada. Hay en el fondo de ella una alcoba con una cama en pabellón formado con tela de cuadros azules y blancos: al lado de la cama se encuentran sobre dos bancos de madera dos cunas, grande la una, pequeña la otra. Es el dormitorio de mi madre y de mis hermanas. En el fondo de la habitación hay una chimenea en la que arden cepas y sarmientos produciendo un gran

fuego. Esta chimenea es de piedra blanca y está medio destrozada a fuerza de martillazos, al igual que los adornos flordelisados de los armarios. En la superficie de uno de ellos había grabadas las armas del rey, y por esta razón está vuelto al revés. Las vigas del techo están ennegrecidas por el humo, y sobre el suelo sin alfombras ni tarimas, hay algunos ladrillos rotos en mil pedazos, en cuyos fragmentos se conocen las señales de los clavos que llevaban en los zapatos los campesinos, cuando convirtieron en sala de baile esta habitación. Las paredes, recubiertas de yeso, dejan ver la descarnada piedra a la manera de un pobre andrajoso que enseña las carnes a través de su vestido hecho trizas.

En uno de los ángulos se halla un viejo clavicordio sobre el que hay papeles de música: es el *Adiós del pueblo*, composición de Juan Jacobo Rousseau. En medio de la sala una mesita de juego cubierta con un tapete verde apolillado, y sobre ella dos candeleros de latón. Apoyado el codo sobre esta mesa hay un hombre sentado y con un libro en la mano. Sus miembros robustos indican que aún conserva el vigor de la juventud. Sus ojos son azules y su frente ancha. Cuando se ríe descubre una brillante y blanca dentadura. Su tocado revela algunos restos de antigua grandeza y cierta rudeza de carácter. Suspendidos de un clavo están en una de las paredes los arreos militares: el casco, las placas doradas, el sable, las pistolas de reglamento, como indicando que aquel hombre hizo uso de ellas en algún tiempo, y que ahora está retirado del servicio.

El lector habrá comprendido que este hombre es mi padre.

En un canapé de paja y sentada entre la chimenea y la alcoba, hay una mujer que parece joven

Colección de la Biblioteca
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. R. H.

a pesar de sus treinta y cinco años cumplidos. Aún conserva su talle la esbeltez de la niña de quince años, y sus ojos negros, la vivacidad y expresión de tiempos pasados. Al través de su piel blanca como la leche, se distingue el azul de las venas y el rojo de la sangre cuando el rubor o la expresión la enciende.

Sus finos cabellos, negros como el azabache, caen sobre los hombros, de suerte que le dan todo el aspecto de una jovencita. Nadie diría que tiene más de treinta años. La belleza de esta mujer, pura y perceptible en sus detalles, es completa en el conjunto exterior por su gracia natural, y en el interior por aquella belleza de alma que parece iluminar los cuerpos por dentro.

Esta mujer se encuentra medio vuelta de espaldas sobre su asiento, y sostiene en sus brazos a una niña que duerme tranquilamente. A su lado, y sentada también, hay otra niña de algo más edad, cuya cabecita rubia reposa sobre las rodillas de su madre.

Esta mujer es mi madre y las dos niñas mis hermanas mayores. Las otras dos, que son las más pequeñas, duermen en las cunas colocadas en la alcoba.

XXI

Esta era mi familia, cuando mi madre dió principio nuevamente a la narración de su diario, el día 11 de Junio de 1801. Tenía, al parecer, desde su infancia, la costumbre de escribir en su libro de notas todos los acontecimientos que tuvieran íntima relación con su modo de ser.

Esta especie de confidencias íntimas empiezan de esta manera:

«Durante los primeros años de mi juventud, em-

pecé a escribir un diario exacto de cuanto me ocurrió a mí, o en torno mío, con todas aquellas reflexiones que los diversos acontecimientos de mi vida me sugirieren. Después de largo tiempo, perdí esta costumbre, y quemé los apuntes que tenía hechos. Siento haber abandonado aquella idea, pues hoy comprendo que si hubiera persistido en mi trabajo, hubiese sido para mí de gran utilidad. Es mi intención empezar de nuevo, con la gracia de Dios, a escribir todos los días (mientras me sea posible), los diferentes sucesos que pueden ocurrirme, y sobre las cosas buenas o malas que yo haga; me parece que esto me ayudará a practicar un diario examen de conciencia, que ha de serme provechoso, porque me facilitará el conocimiento de las disposiciones de mi espíritu.

Yo creo asimismo que, si mis hijos leen por casualidad este diario, no carecerá para ellos de interés; y además, que les ha de ser útil y provechoso cuando yo falte, porque quiero hablar de todos y cada uno de ellos, así como también de sus diferentes caracteres.

Tengo cinco hijos actualmente, después de haber perdido uno. Cuatro niñas y un niño llamado Alfonso, que se encuentra en Lyon empezando su educación clásica. Es un muchacho muy bueno: ¡quiera Dios que sea buen cristiano, sabio y dichoso! La niña mayor se llama Cecilia, tiene siete años y medio: es de una viveza extraordinaria, pero muy buena. Su hermana, que se llama Eugenia, tiene cinco años y medio: es muy sensible y de corazón excelente.

Cesarina tiene dos años, y Susana nueve meses. Sin la ayuda de Dios, sería para mí bastante difícil la educación de estas cuatro niñas.

En mi casa tengo además una pariente enferma de cuerpo y espíritu, a quien he de cuidar con

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. B. I.

la misma solicitud que a mis hijos: por manera que son seis criaturas las que tengo que atender. ¡Cuánto necesito, Dios mío, de vuestro auxilio!

Mi esposo y yo vivimos casi siempre en Milly, y pasamos en Saint Pont algunas temporadas. Es éste un punto muy agradable por el solitario recogimiento que se advierte al abrigo de las montañas. ¡Cuántas gracias debemos dar a la Providencia por los favores que nos concede!

Mi hermana (Mme. de Vaux) ha llegado hoy mismo de Lyon. Es una angelical y virtuosa mujer. Me ha contado muchas cosas de mi Alfonso: dice que sus maestros no cesan de hablar de él mucho y bien. ¡Dios le bendiga como yo le bendigo de todo corazón! Mañana empiezo a dar lecciones a mis niñas...

Después de comer, han venido a decirme que acaba de morir un pobre anciano, abandonado en la cabaña del monte donde yo acostumbraba a pasar el rato. Este acontecimiento me ha causado un gran pesar, porque me he reprochado mi negligencia en ir a visitarle durante sus últimos momentos. Ciertamente que yo lo creía ya curado; pero no hube de fiarme de su aparente mejoría, y debí tener en cuenta lo avanzado de su edad. Mi obligación era haberme ocupado con mayor solicitud del pobre anciano. Siento por esta causa un gran remordimiento, pero comprendo que no me preocupa lo bastante del poco bien que hago, y que me dejo llevar hacia las distracciones; éstas no serán faltas, pero son ligerezas que no dejan hacer buen uso del tiempo que transcurre. El tiempo es para aprovecharlo en hacer el bien a nuestros semejantes y a nosotros mismos.

Mi esposo y yo acabamos de dar un paseo por nuestras viñas en flor: hemos respirado un aire embalsamado de dulces aromas. Todo nuestro por-

venir está cifrado en estos viñedos; nuestros hijos, nuestros criados, y nuestros pobres, también esperan disfrutar de los productos que rendirán estos racimos floridos. ¡La Providencia preserve nuestra pobreza de un pedrisco que podría acabar con nuestra esperanza! Durante el paseo hemos llegado a la choza que hay en la parte alta de las viñas, donde ha muerto esta mañana el pobre viejo.

Mi esposo no me ha permitido entrar a verle y a rogar a Dios por su alma: sin duda ha querido evitar un disgusto al presenciar el doloroso espectáculo que hubiéramos visto dentro de aquella humilde vivienda. Yo hubiera deseado pedir perdón a su alma por no haber estado junto a su cuerpo moribundo para consolarle con palabras de esperanza y recibir su último suspiro.

Estaba la puerta de la cabaña abierta, y una cabrita no hacía más que balar y entrar y salir, como si pidiera socorro para su viejo compañero. He conseguido de mi esposo autorización para que mañana mande a buscar la cabrita, para tenerla en compañía de nuestra vaca de leche y de los carneros.»

Estas primeras páginas del diario de mi madre dejan ver que, aunque aquella joven se crió en los palacios del príncipe más rico de Europa, pudo ser trasladada sin que por esto sufriera la más mínima alteración el amor de su marido, de sus hijos y de sus semejantes, al apartado rincón de una campiña distante de París más de cien leguas. Para tener una idea exacta de la casita de Milly, donde mi madre y nosotros nos encontramos relegados en invierno como en verano, puede verse la descripción hecha en mis *Confidencias* y la composición poética titulada *La tierra natal*.

XXII

Hace ocho años decía yo en mis *Confidencias*: Dejando de seguir el curso del río Saone, si os dirigís por las verdes praderas de Mácón hacia el pequeño pueblo y cerca de las ruinas de la antigua abadía donde murió Abelardo, el infortunado amante de Eloísa, siguiendo una tortuosa senda, veréis a derecha e izquierda blanquear algunos pueblecitos entre los verdes pámpanos de las vides. Dominan a estos pueblecitos montañas incultas que se extienden en rápidas pendientes formando como unas praderas blanquecinas. Coronan estas montañas grandes moles de piedra que surgen de la tierra, y cuyas cúspides dentelladas aseméjense a las ruinas de antiguas viviendas feudales. Siguiendo el camino pedregoso que se encuentra alrededor de la base de estas rocas, se encuentra a la izquierda y a dos leguas de la población un camino estrecho y bien cuidado, adornado de sauces, que llega hasta un riachuelo cuyas aguas mueven las ruedas de un molino. Cuando la corriente del río aumenta por lluvias, se atraviesa por un pequeño puente y se sube por una pendiente rápida y escabrosa a unas casitas cubiertas de tejas que se ven agrupadas sobre una pequeña eminencia. Un campanario de piedra color gris domina este grupo de casas. Este es mi pueblo.

El camino serpentea por entre las casas, de suerte que los pasajeros que lo siguen han de ver necesariamente, y mientras atraviesan el pueblo, todas las casas de que se compone. Encuéntrase, sin embargo, una puerta algo más alta y otra más pequeña que las demás: éstas son las del patio en cuyo centro aparece escondida la casita de mi padre.

La casa se esconde, en efecto, y no puede verse ni desde las afueras del pueblo. Está construída en un recodo del valle, y dominada en todas direcciones por los árboles, por otras edificaciones y por el campanario. Únicamente trepando por la peligrosa pendiente de una montaña elevadísima y volviendo los ojos, pudiera verse bajo nuestros pies aquella casita baja y maciza que aparece como una piedra negra en un rincón del jardín. Su forma es cuadrangular y consta de un solo piso, con tres grandes ventanas en cada una de sus fachadas. Ni siquiera están cubiertas de yeso las paredes, y las piedras han adquirido con la humedad un color sombrío y secular: parecen los viejos claustros de una abadía.

Se entra en la casa por una alta puerta de madera asentada sobre una grada de cinco peldaños de piedra, de dimensiones colosales, pero descantilladas por el uso, por el tiempo y por los grandes pesos que en el transcurso de los años habrán sostenido. Al sentarse sobre ellas, murmuran y vacilan sordamente. Crecen en sus intersticios ortigas y pañetarias, que sirven de guarda en el verano a los pequeños renacuajos.

Penétrase en seguida en espacioso corredor, cuya anchura queda un tanto reducida por unos grandes armarios de nogal que sirven a los campesinos para guardar la ropa, el trigo y la harina. La cocina se encuentra a la izquierda de este corredor, y su puerta, continuamente abierta, permite ver una mesa de encina y en torno de ella algunos bancos. A cualquier hora del día se encuentran sentados en ellos labradores de la casa o forasteros que comen pan y queso, y beben vino alegremente.

Inmediato a la cocina está el comedor, en el que sólo hay una mesa de abeto, algunas sillas,

alacenas y cajones; muebles, en fin, propios de las antiguas viviendas solariegas que el arte busca sin cesar, para construir bajo sus modelos el mobiliario moderno. Al lado del comedor hay un salón con dos ventanas que la una da al patio y la otra al jardín.

Para subir el único piso de la casa, hay que ascender por una escalera que fué en algún tiempo de madera, y que mi padre la reemplazó por la actual, que es de piedra groseramente labrada. En el piso se encuentran hasta diez piezas casi sin muebles que dan a unos corredores oscuros. En el piso y los corredores habitaban entonces mi familia, los criados y los huéspedes. ¡He aquí la casita que por espacio de tanto tiempo nos cobijó bajo su sombría techumbre! ¡Hé aquí la morada de paz, la Jerusalén, como mi madre la llamaba! Hé aquí el humilde y caliente nido que por tantos años nos preservó del frío, del hambre, de las lluvias y de las tormentosas tempestades del mundo... Nido del que la muerte fué arrebatando, primero a mi padre, a mi madre después, y del cual se han alejado también los hijos, cada uno por su lado, los unos a un sitio, los otros a otro... algunos, a la eternidad.

Aun conservo la paja, el musgo, la lana: restos preciosos de aquel nido, hoy vacío y sin las ternezas que algún día le animaron. A pesar de la frialdad que en él se observa, me gusta recogerme en él de cuando en cuando; la voz de mis padres, los gritos alegres de mis hermanas, los ruidos que producen la alegría y el amor, parecen resuenan bajo las viejas maderas que sostienen el techo.

XXIII

Por la parte exterior del patio de nuestra casa, alcanza la vista los establos, los pajares, las leñeras y los corrales que la rodean, y la puerta que siempre permanece abierta, da a la calle del pueblo, por donde cruzan los aldeanos llevando las herramientas de labranza sobre el hombro, y algunas veces sobre el otro una cuna con un niño dormido; sigue después la esposa con otra criatura de pecho, y después una cabra con su cabrito, que al pasar por la puerta se detiene un momento para jugar con los perros, y se aleja después dando saltos.

Hay en la otra parte de la calle un horno público para cocer pan, donde se reúnen al calor de aquel fuego que nunca se extingue, los viejos, los muchachos y las mujeres. Todo esto es lo que se ve desde una de las ventanas del salón. La otra permite extender la vista hacia el norte, sobre los tejados de algunas casas bajas y las tapias del jardín, contemplando de esta suerte el horizonte de montañas sembrado por las nubes, en el que, de cuando en cuando, se junta algún rayo de sol que alumbra entre aquella sombra las ruinas de un castillo antiguo rodeado de almenas y torreones, cuya severa figura da carácter al paisaje. Si entre los fantásticos vapores de la bruma, y a la caída de la tarde, dirigimos la mirada sobre este castillo, lo vemos desaparecer entre las sombras. Entonces únicamente queda una montaña negruzca y un barranco amarillento.

Una ruina sobre el monte o una vela sobre el mar, forman y completan un paisaje. La tierra es únicamente la escena; la vida, el pensamiento, el

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. R. I.